

Los Ejercicios Espirituales ignacianos y el existencialismo

Enrique B. Pita

Los temas más fundamentales del existencialismo moderno, los halla el P. Pita presentes en los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. Y ello no es de extrañar, pues si el existencialismo contemporáneo se jacta de analizar "el hombre concreto", los Ejercicios ignacianos han sido reconocidos en todos los tiempos como una obra maestra de psicología humana, de profundo conocimiento de ese hombre individual y único que con sólo su "yo" frente a Dios ha de hacerlos, vivirlos y no sólo "oirlos", para así "saltar" de la existencia banal a la existencia auténtica.

En un estudio anterior (1) desarrollamos cómo, siendo *la angustia de la temporalidad* el tema central del existencialismo de hoy, alrededor del cual se mueve la filosofía contemporánea, causaba no poca admiración el que Santo Tomás de Aquino en la *Suma contra los Gentiles*, L. 3 c.48 y siguientes, hubiese dado ya con tanta lucidez y seguridad la clave de la catarsis a la angustia de la temporalidad, originada en los filósofos paganos por la imposibilidad en que se veían, de encontrar en la temporalidad del existir humano el objeto plenamente saciativo de la felicidad perfecta. Partía el Doctor Angélico de la mencionada angustia que sufrían los filósofos paganos, y arribaba

a la purificación completa de dicha angustia por medio de *la visión beatífica de Dios*.

Lo que Santo Tomás de Aquino, como hombre especulativo y de doctrina, proponía en su estilo abstracto de la *Suma contra los Gentiles*, San Ignacio de Loyola, como hombre temperamentalmente de acción y realizador, lo va a dar en una forma vivencial y práctica; y por ende, si el Doctor Común se explayaba preferentemente en que la purificación a la angustia de la temporalidad radicaba en la actual ordenación del hombre a su fin último de la visión beatífica de Dios, como a su suprema felicidad sobrenatural, el Autor de los Ejercicios Espirituales va a insistir primordialmente en los *medios* aptos de los factores psicológicos y gracias sobrenaturales que se conjugan entre sí para la obtención del último fin.

(1) Cf. ESTUDIOS, n. 471, pp.40 y sigs.

Comienza San Ignacio por suponer que existe en la naturaleza humana un *desorden* fundamental; en el que se puede ver el correspondiente desconcierto del existir humano, que provoca la angustia desesperante de los existencialistas ateos y agnósticos.

Los teólogos se han referido a ese desorden de la naturaleza, causado por el pecado original, diciendo que el hombre en el estado presente de su existencia temporal, está *herido* en sus facultades naturales, que persisten desordenadas aun después de su reintegración a la vida sobrenatural de la gracia. Vienen luego los pecados personales con su consiguiente nueva secuela de desórdenes morales y psicológicos.

A todo esto está haciendo referencia el mismo título que puso el Santo a su libro de: "Ejercicios Espirituales para vencer a sí mismo y *ordenar* su vida, sin determinarse por afección alguna yue *desordenada* sea". A lo mismo obedece la circunstancia de que el libro se abra con la que San Ignacio llama *primera semana*, que corresponde a la etapa *purgativa* de los principiantes en la vida espiritual. Allí se prescribe meditar en la "fealdad y malicia" del pecado, y mirarse "como una llaga y postema de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan turpísima". Hay quienes en todo tiempo han querido mitigar en este sentido los Ejercicios ignacianos, sin darse cuenta de que en ésta como en otras semejantes expresiones sobre la naturaleza pecaminosa San Ignacio va a la raíz profunda del ser humano, para luego hacer posible su purificación y no engañarnos con paliativos superficiales.

En esto andan acertados los existencialistas, al considerar que el ser auténticamente humano está en asumir nuestra

PRINCIPIO Y FUNDAMENTO

"El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado. De donde se sigue, que el hombre tanto ha de usar de ellas cuanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse de ellas cuanto para ello le impiden. Por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido; en tal manera que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente, en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados." (*Ejercicios Espirituales*, nº 23).

naturaleza como crudamente se presenta en el existir concreto de sus apremiantes aporías. También en el existencialismo el ser humano se presenta "como una llaga y postema de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan turpísima". De ahí que en el existencialismo ateo, en el que no hay redención para el pecado, se provoquen las bascas, náuseas y asco de un existir humano que se considera destinado al fracaso (Sartre). Debido a lo mismo, en tal existencialismo hay también a su manera la expiación de un *infierno*; pero con la particularidad de que éste es *inmanente* al pecador: la obsesionante y nauseabunda presencia del existir humano, sin esperanzas de redención. En este sentido ha dicho Bela Székely que el existencialismo ateo es "como un tigre encerrado en una jaula *sin techo*; circunstancia ésta que no tiene en cuenta el enjaulado, y

así busca su liberación inútilmente a través de los barrotes": la circunstancia de estar la jaula *sin techo* simboliza para Bela Székely que el existir humano está abierto a las regiones del espíritu, donde es posible la purificación; y en cambio se busca inútilmente una liberación a través de los barrotes de la temporalidad. Como se ha observado (V. Frankl y v. Gebattel) hay en todo esto un complejo "existencial", en el que se experimenta frustrada la misma vocación humana: la vida se considera *sin sentido* y se va a la deriva, sin esperanza ni rumbo.

En San Ignacio, en cambio, la primera semana está toda ella impregnada de un espíritu que muestra que el *angustioso* mal del pecado no es irremediable, sino que es posible una redención, por la que la vida humana adquiere su *sentido*.

La crisis "existencial" es superada en los Ejercicios Espirituales, gracias a la aparición de *Cristo*, que con su redención da un *sentido* definido a la vida. San Ignacio, ya en la primera meditación de la primera Semana sobre el pecado, ha de poner al ejercitante frente a Cristo y decirle: "Imaginando a *Cristo nuestro Señor* delante y puesto en cruz, hacer un coloquio, cómo de Criador es venido, a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir *por mis pecados*. Otro tanto mirando a mí mismo, lo que *he hecho* por Cristo, lo que *hago* por Cristo, lo que *debo hacer* por Cristo, y así viéndole tal, y así colgado en la cruz, discurrir por lo que se ofreciere".

Después de la noche del pecado ha salido el sol de la Redención de Cristo, que ha devuelto a la vida humana su calor y color. Desde que aparece Cristo en los Ejercicios, no va a abandonar más

al ejercitante, porque El es el *Camino* para ascender a las alturas de la santidad, en la que la vida humana encuentra la plenitud de su *sentido*.

En la *segunda semana*, que corresponde a la etapa *iluminativa* de la vida espiritual de los proficientes, comienza San Ignacio por proponer al ejercitante la vida de Cristo como el *Ejemplar* de todas las virtudes. De nuevo San Ignacio, como hombre de acción y realizador, en lugar de trazar una disquisición especulativa de las distintas virtudes y de

EL REINO

"...ver a Cristo nuestro Señor, Rey eterno, y delante de El todo el universo mundo, al cual y cada uno en particular llama y dice: Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, por que, siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria."

"...considerar que todos los que tuvieren juicio y razón, ofrecerán todas sus personas al trabajo."

"...los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su rey eterno y señor universal, no solamente ofrecerán sus personas al trabajo, más aún haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano, harán oblações de mayor estima y momento, diciendo: Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblação con vuestro favor y ayuda, delante vuestra infinita bondad y delante vuestra Madre gloriosa y de todos los santos y santas de la Corte Celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima majestad elegir y recibir en tal vida y estado." (Ejercicios Espirituales, nros. 95 - 98).

sus grados y método para alcanzarlas, opta por poner delante del ejercitante la simple práctica de todas las virtudes en el Supremo Ejemplar de todas ellas, que es Cristo Nuestro Señor.

Además en esta segunda semana se indican cuatro consideraciones características: del Rey Temporal, de las Dos Banderas, de los Tres Binarios y de los Tres Grados de Humildad. En la del Rey Temporal se pretenden obtener del ejercitante las disposiciones internas necesarias para seguir la vocación y misión personal que Cristo tiene reservada a cada uno; en la de las Dos Banderas se quiere conocer la verdadera doctrina escondida en el programa de Cristo; en la de los Tres Binarios adquirir la fuerza de voluntad necesaria para la realización de su vocación y misión personal; y por fin en la de los Tres Grados de Humildad, aprender la lógica sobrenatural de la santidad, que es la meta a donde apuntan los Ejercicios. De esta manera vive el ejercitante el trascendental *sentido* que ha adquirido su vida como redimido de Cristo y asociado al plan del Reino de Dios, con una vocación y misión *personal*, en cierto modo irrepetible e irremplazable.

La *tercera semana* es confortación de la Segunda. En ella se continúa con las meditaciones de la vida de Cristo, que-

brantado ahora y doliente en su *Pasión y Muerte*; en donde se puede apreciar el escándalo "existencialista" del sufrimiento y de la muerte; que en el proceso psicológico del ejercitante, que ha sido poderosamente trabajado por la gracia sobrenatural, no provoca ya ninguna irritante repulsa sino una resignada y hasta cierto punto exultante aceptación.

Y por fin la *cuarta semana* fulgura con la esperanza cristiana de la Resurrección de Cristo, en la que, como dijo Eduardo Peralta Ramos, "nos alegramos todos los redimidos, a la manera cómo, cuando alguien está a punto de ahogarse y consigue después de un supremo esfuerzo sacar a flote la cabeza, se alegra entonces *hasta en sus pies*, los que, a pesar de estar todavía en el agua, se sienten ya salvos". La cuarta semana con su intenso gozo y sobrenatural alegría corresponde a la etapa *unitiva* de los perfectos en la vida espiritual; y es así, según cabe en la imperfección temporal del existir humano, un anticipo de la felicidad eterna en la visión de Dios.

Se ha partido, en todo este proceso de los Ejercicios Espirituales, de la fealdad y malicia existencial del pecado, y se ha arribado a la plenitud de *sentido* que adquiere la vida del cristiano en su ordenación al fin último sobrenatural, que se consuma en la *visión beatífica de Dios*.

